

Consagración de la Diócesis de Valencia al Inmaculado Corazón de María.

El 13 de mayo del 2017 se cumplían 100 años de las apariciones de la Madre de Dios en Fátima.

Ese día, ante una inmensa multitud, el Papa Francisco proclamó santos a dos de los videntes de Nuestra Señora: los hermanos Francisco y Jacinta Marto.

Ellos, junto a su prima Lucía, fueron los encargados de transmitir al mundo el mensaje de la Santísima Virgen. Lo hicieron con humildad y fidelidad. Los confidentes de María dijeron y vieron lo que Ella pidió.

Y una de las cosas que pidió fue la consagración del mundo, con especial mención a Rusia, a su corazón Inmaculado.

Los Papas han consagrado en diversas ocasiones, el mundo al Corazón inmaculado de maría, siguiendo su petición. Pero sin duda la más importante fue la que realizó S. Juan Pablo II, en la plaza de S. Pedro el 8 de octubre del año 2000, en la misa de clausura del Jubileo de los Obispos ante la imagen original de Nuestra Señora de Fátima, llevada expresamente al Vaticano por deseo del Santo, tan fiel hijo de María y tan unido a Fátima desde que la Madre de Dios le salvara la vida en el atentado del 13 de mayo de 1981.

La Consagración es, ante todo una llamada a la conversión. Nos pone alerta para no hacer el juego al “dragón que, con su cola, arrastra las estrellas del cielo, y las lanza sobre la tierra” (Ap. 12,14). Nos recuerda que nuestra última meta es el cielo, nuestra verdadera casa celeste, donde en su amor misericordioso Dios nos espera.

La consagración es un acto de obediencia a la Virgen, Ella lo pidió. Ella lo quiso así. Por algo será. Obedecer a sus peticiones es un acto de amor filial y entrar en la dinámica celeste. Ella en Caná nos dijo que obedeciéramos a su Hijo. Ahora -de alguna manera- es Jesús quien nos pide hacer caso a su madre. (Así se lo manifestó a la hermana Lucía, cuando estuvo de religiosa Dorotea en Pontevedra, antes de su entrada en el Carmelo)

El Corazón Inmaculado de María, es el lugar donde ella guardaba las cosas de Jesús. Es la memoria de la Iglesia. Por eso, cuando queremos conocer bien a Jesús, el camino más fácil y efectivo es buscar en ese corazón materno. Todo lo que hay en su corazón es la vivencia profunda y cumplida del amor trinitario. Consagrarse a ese corazón es consagrarse a Dios por medio de María; es decirle a Jesús: “Yo soy todo tuyo, y cuanto tengo es tuyo, ¡oh mi amable Jesús! Por María tu madre santísima” (S. Luis M^a Grignon de Montfort)

Consagrarse, entregarse a María es intentar vivir como ella. Y para eso es necesario tener su mismo maestro: el Espíritu Santo. Sin su presencia, la consagración no sería más que un hermoso y devoto acontecimiento. “Lo que hay en ella viene del Espíritu Santo” dijo el ángel a San José. Y él la recibió en su casa. Sin permiso de Dios no podemos

acoger a María: ella es lo más querido y sagrado que Dios tiene. El Espíritu santo y el mismo Cristo son quienes nos permiten acogerla en nuestras casas como hicieron San José y San Juan n Nazaret y en el Calvario. Es el Espíritu, es Jesús quienes nos llevan a consagramos a María, para adorar con ella al Padre “en espíritu y en verdad”.

Hoy, como en el tiempo de las apariciones, el mundo vive horas de tinieblas, en las cuales parece que triunfan el odio, la violencia, la discordia... “En muchos países, la fe se irá apagando” anunció la Virgen.

Dios en su infinita misericordia, envió desde el cielo a María Santísima a Fátima. Nuestra Señora trajo un mensaje de luz y de esperanza para el mundo entero. Un mensaje que se extiende también hasta nuestros días y, por tanto, un mensaje para cada uno de nosotros. Un mensaje que lleva, a pesar de la guerra, a la paz, de la noche al día, de las tinieblas a la luz.

Consagrarse a María es renovar la gracia de nuestro bautismo, vivir en el gozo de la Pascua y en el espíritu de las Bienaventuranzas. Con María vivimos en la plenitud y en la libertad de los hijos de Dios.

Consagrarse es amor, rezar a la Señora luminosa que vieron los pastorcitos y a su Corazón inmaculado que no se separa del Corazón de Jesús. El amor y vivir de la Eucaristía (“Jesús escondido” lo llamaba Francisco) y ver a Dios como Padre y lleno de luz, que nos envuelve en su luz.

Consagrarse en el espíritu de Fátima, es rezar por las grandes preocupaciones de los Santos pastorcitos: por el Santo Padre, por la paz, por la conversión de los pecadores, para reparar los pecados y para consolar a Dios. Como vemos son preocupaciones eclesiales, universales y divinas. Las únicas fuerzas capaces de transformar profundamente el mundo y los corazones residen en la oración y en el amor.

Cuando el próximo día 28 de Junio nuestro Arzobispo D. Antonio consagre la Archidiócesis de Valencia al Inmaculado Corazón de María, la potencia divina del amor de Dios irradiará con más fuerza sobre nosotros. Será un acto diocesano de amor y reparación tan urgente en estos momentos. Y a partir de ese momento, a seguir trabajando con la seguridad de que nuestra vida y la tarea evangelizadora, quedan en brazos de María.

Secretariado Diocesano de Espiritualidad.